



# Mayoría multicultural: la crisis ideológica de Estados Unidos en la era postindustrial

*Robert D. Manning\**

La sociedad estadounidense sufre en la actualidad el más profundo cambio social y económico desde finales del siglo XIX. El doble proceso de industrialización y urbanización, que impulsó las oleadas de la gran inmigración hace un siglo, se ha visto reemplazado por el surgimiento de la economía postindustrial y la consecuente expansión de los suburbios metropolitanos. Estos movimientos han generado un nuevo panorama económico y político en el cual el tradicional centro de poder —la ciudad industrial— se ha visto reemplazada por la metrópoli postindustrial con su sistema de rápido crecimiento suburbano de ciudades satélite o ciudades “marginales”. No es de sorprender que estas nuevas fuerzas hayan

\* Profesor asistente, Departamento de Sociología, College of Arts and Sciences, The American University, Washington, D.C.

alterado drásticamente los patrones de asentamiento socio-demográficos de la nueva inmigración, oleada cuyo caudal ya ha “llegado al cuello” y se ha desbordado frente al nuevo siglo. La mayoría de los inmigrantes continúan residiendo en los grandes centros urbanos del noreste, el medio oeste y la costa occidental, pero su ubicación se ha desplazado fundamentalmente de las concentraciones espaciales de vecindarios en los centros de las ciudades a comunidades suburbanas más dispersas.

La geografía social de la sociedad estadounidense contemporánea se caracteriza por la decadencia de la vida económica en el centro de la ciudad, la inequitativa distribución espacial de oportunidades económicas en toda el área metropolitana y el predominio político de una “mayoría multicultural” en las urbes tradicionales. Unidos, estos factores son responsables de la concentración de estadounidenses pobres y minorías de inmigrantes en el núcleo metropolitano, así como del explosivo crecimiento de las comunidades de inmigrantes/minorías en las comunidades suburbanas históricamente blancas y de clase media. Es esta cada vez más amplia “línea divisoria social” entre centro de la ciudad y suburbios periféricos lo que subyace en los levantamientos producidos por el descontento social y racial en Estados Unidos. Esto último nos ofrece importantes argumentos para adentrarnos en las razones del antagónico discurso de los grupos conservadores, que invocan explicaciones culturales e individuales para justificar el drástico aumento de la desigualdad social en Estados Unidos durante las dos últimas décadas.

#### LA REESTRUCTURACIÓN INDUSTRIAL DE ESTADOS UNIDOS: LA GEOGRAFÍA SOCIAL DE LA DESIGUALDAD POSTINDUSTRIAL

La década de los noventa ha sido testigo del resurgimiento de la efervescencia social en las ciudades estadounidenses. Los motines económicamente devastadores (y que además recibieron una enorme publicidad) suscitados por el juicio de Rodney King en Los Ángeles, estallaron en muchas ciudades del interior de Estados Unidos durante la primavera de 1992. A diferencia de los levantamientos urbanos de la década de los sesenta, que pusieron de manifiesto la creciente frustración y las aspiraciones destrozadas de una población afroamericana históricamente relegada, estos brotes de violencia urbana no pueden explicarse simple-

mente como la continuación de conflictos raciales inmemoriales. De hecho, es más factible que los dueños de los negocios en el centro de la ciudad fuesen inmigrantes asiáticos recientes (coreanos) que antiguos residentes blancos, de origen judío; y en muchos casos, los asaltantes eran de origen latino (sobre todo, inmigrantes centroamericanos) que afroamericanos. En Los Ángeles fueron arrestados más latinos que negros por la policía de esa ciudad y más de 1 200 fueron entregados a la oficina del Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos (Immigration and Naturalization Service, INS por sus siglas en inglés). Más aun, estos “disturbios sociales” revelan importantes tendencias en el panorama urbano de la metrópoli estadounidense postindustrial,<sup>1</sup> entre las que se hallan las tensiones *interraciales* como lo demuestra el saqueo perpetrado en Compton, California, por afroamericanos pobres en negocios cuyos dueños eran negros,<sup>2</sup> lo cual intensificó los conflictos *entre grupos minoritarios*, como negros estadounidenses que daban rienda suelta a su ira contra residentes de vecindarios nuevos constituidos por mexicanos y centroamericanos,<sup>3</sup> e incluso dio lugar a que *nuevos grupos de inmigrantes se atacasen unos a otros*, como lo demostraron los grupos armados de coreanos que protegían sus tiendas del saqueo tanto de salvadoreños como de afroamericanos nacionales.<sup>4</sup>

La secuela de los motines originados por el asunto de Rodney King ocasionó que se redescubriera la crisis social de las urbes de Estados Unidos. En contraste con lo acaecido en la década de los sesenta, sin embargo, la aguda erosión del poder económico y político de las ciudades estadounidenses acentuó su impotencia política para solventar el problema de las realidades fiscales contemporáneas. La situación se ha exacerbado por el deterioro demográfico de los centros de las ciudades y el rápido crecimiento de suburbios predominantemente blancos.<sup>5</sup> El

<sup>1</sup> John Hazen, ed., *The Riots in Los Angeles: Why They Happened and Why They Will Happen Again* (San Francisco: Alternative Press, 1992).

<sup>2</sup> Mike Davies, “Sky Falls on Compton”, *The Nation*, 19 de septiembre 1994, 268-270.

<sup>3</sup> Jack Miles, “Blacks vs. Browns: The Struggle for the Bottom Rung”, *Atlantic Monthly* (octubre 1992): 41-66.

<sup>4</sup> Robert Gooding Williams, ed., *Reading Rodney King, Reading Urban Uprising* (Nueva York: Routledge, 1993); Mark Baldassare, ed., *The Los Angeles Riots, Lessons for the Urban Future* (Boulder: Westview Press, 1994).

<sup>5</sup> William H. Frey y Allan Speare Jr., *Regional and Metropolitan Growth and Decline in the United States* (Nueva York: Russell Sage, 1988).

“centro” urbano, históricamente dominante, es, hoy en día, sólo un apéndice periférico de la metrópoli postindustrial.<sup>6</sup> Esto explica el reciente surgimiento de una mayoría demográfica de minorías raciales y étnicas en las urbes, en tanto el equilibrio político de poder se ha desplazado de las ciudades multiculturales a los suburbios blancos. También explica por qué las políticas económicas de desarrollo estatal y federal son desgraciadamente inadecuadas para dar respuesta a la difícil situación de la población urbana que vive en condiciones económicas de pobreza extrema. Ciertamente es que programas como las “zonas urbanas de libre empresa” y las corporaciones de inversiones para pagos diferidos de impuestos tienen gran atractivo político, más porque no requieren de grandes recursos que por su alto potencial de creación de empleos. Esta situación se vio agravada por el hecho de que la frágil “burbuja” de la prosperidad estadounidense se rompió con la recesión de 1989, lo cual puso en evidencia la inevitable realidad de que los ingresos personales se contrajeron, las oportunidades de empleo disminuyeron y que surgieron nuevos patrones de desigualdad social y económica, en particular, la desigual distribución espacial de pobreza y opulencia.

Para muchos estudiosos del tema, estos nuevos patrones se encuentran inextricablemente vinculados con la transformación estructural de la economía de Estados Unidos: de manufactura industrial a consumidor/servicios de información. Esto ha producido desplazamientos masivos interregionales de la riqueza, como el del “cinturón de pobreza” del noreste y el medio oeste hacia los nuevos polos de crecimiento de la costa occidental, como Silicon Valley.<sup>7</sup> Además, el ascenso de la economía postindustrial caracteriza la redistribución del ingreso hacia el seno de las metrópolis urbanas-suburbanas en rápida expansión, dado que la desindustrialización ha precipitado que se contraigan los empleos

<sup>6</sup> Harvey Marshall y John Stahura, “The Theory of Ecological Expansion: The Relation between Dominance and Suburban Differentiation”, *Social Forces* 65, no. 2 (1986): 352-369; Peter O. Muller, “The Transformation of Bedroom Suburbia into Outer City: An Overview of Metropolitan Structural Change since 1947”, en Barbara M. Kelly, ed., *Suburbia Reexamined* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1989), 39-44; Holly L. Hughes, “Metropolitan Structure and Suburban Hierarchy”, *American Sociological Review* 58, no. 3 (1993): 417-433.

<sup>7</sup> Larry Sawers y William K. Tabb, *Sunbelt-Snowbelt, Urban Development and Regional Restructuring* (Nueva York: Oxford University Press, 1984); Frank Levy, *Dollars and Dreams* (Nueva York: W.W. Norton, 1988); Kevin Phillips, *The Politics of Rich and Poor* (Nueva York: Random House, 1990).

de altos salarios, con afiliación sindical, de obreros que se desempeñan en fábricas y ha ocasionado la proliferación de ocupaciones y servicios de personas sin capacitación o semicapacitadas que perciben bajos salarios.<sup>8</sup> Finalmente, incluso con el “atascamiento” de la “gran maquinaria laboral estadounidense” y los crecientes problemas de los centros urbanos a finales de la década de los ochenta, la inmigración a Estados Unidos continuó en aumento, e incluso sobrepasó los históricos toques de principios del siglo XX.<sup>9</sup> Esto último desempeña un papel decisivo en el surgimiento de la economía política de la metrópoli postindustrial.<sup>10</sup>

Más que prestar atención a las fallas fundamentales de la política industrial de Estados Unidos, que ha producido la más grande desigualdad en el ingreso en las naciones industriales de occidente, los creadores de la política estadounidense sucumben cada vez con mayor facilidad a la tentación de “culpar a la víctima” para explicar el crecimiento de grupos sociales de condición económica muy baja. No sólo se ha desacreditado a los inmigrantes, considerándolos como factor fundamental en la crisis urbana de Estados Unidos,<sup>11</sup> sino

<sup>8</sup> Barry Bluestone y Bennett Harrison, *The Deindustrialization of America* (Nueva York: Basic Books, 1982); *idem*, *The Great U-Turn: Corporate Restructuring and the Polarizing of America* (Nueva York: Basic Books, 1988); Levy, *Dollars and Dreams*, 1988; Manuel Castells, *The Informational City: Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process* (Nueva York: Basil Blackwell, 1989); David Harvey, *The Condition of Post-Modernity* (Nueva York: Basil Blackwell, 1989); Phillips, *The Politics...*, 1990; Denny Baun, *The Rich Get Richer: The Rise of Income Inequality in the United States and the World* (Nelson Hall, 1991); John Kenneth Galbraith, *The Culture of Affluence* (Houghton Mifflin, 1991); Saskia Sassen, *The Global City: New York, London and Tokyo* (Princeton: Princeton University Press, 1991).

<sup>9</sup> U.S. Immigration and Naturalization Service —INS—, *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1995* (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office —GPO—, 1996).

<sup>10</sup> Saskia Sassen, “Economic Restructuring and the American City”, *American Review of Sociology* 16 (1990): 465-490; *idem*, *The Global City...*, 1991; Robert D. Manning, “La crisis postindustrial de las áreas urbanas en Estados Unidos”, en Bárbara A. Driscoll y Mónica Vereza, eds., *La administración Clinton* (México: UNAM-CISAN, 1995), 153-187; *idem*, “Washington, D.C.: The Social Transformation of the International Capital City”, en Silvia Pedraza y Rubén G. Rumbaut, eds., *Origins and Destinies: Race, Immigration, and Ethnicity in America* (Nueva York: Wadsworth Press, 1995); Robert D. Manning y Anita Butera, “From Ellis Island to the Golden Arches: Immigration, Native Minorities and the Post-Industrial Metropolis”, *Proteus*, no. 11 (1994): 10-16.

<sup>11</sup> Pete Wilson, “The Immigration Time Bomb”, *Washington Post*, 8 de mayo 1994, p. 28(A); Peter Brimelow, *Alien Nation: Common Sense about America's Immigration Disaster* (Nueva York: Random House, 1995).

que el discurso político busca enfatizar las explicaciones culturales de la pobreza,<sup>12</sup> lo cual ha dado margen a la creación de un virtual coto industrial de investigación de las “subclases urbanas”.<sup>13</sup> El resultado ha sido estigmatizar a las minorías étnicas y raciales por su “fracaso” al no poder escapar de la pobreza urbana, en lugar de investigar los vastos patrones sociales y económicos de la metrópoli postindustrial que han producido, en cuanto a su connotación espacial, oportunidades desiguales para diversos grupos de residentes metropolitanos. Incluso recientes estudios “críticos” de la desigualdad económica estadounidense y del cambio urbano han ignorado las implicaciones de la cada vez más ancha “línea divisoria social” entre el centro de la ciudad y su gran sistema suburbano de ciudades “marginales”.<sup>14</sup> Como resultado de lo anterior, se ha dicho que los análisis contemporáneos de la desigualdad social y de la distribución espacial de minorías raciales o étnicas deben aceptar expresamente las fuerzas históricas que han configurado la geografía social de las metrópolis postindustriales.

<sup>12</sup> Ken Auletta, *The Underclass* (Nueva York: Vintage Books, 1983); Charles Murray, *Losing Ground* (Nueva York: Basic Books, 1984); William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy* (Chicago: University of Chicago Press, 1987); Christopher Jencks y Paul E. Peterson, eds., *The Urban Underclass* (Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1991); Thomas Sowell, “Multicultural Instruction”, *American Spectator* (abril 1993): 23-31; Richard Hernstein y Charles Murray, *The Bell Curve* (Nueva York: Free Press, 1994).

<sup>13</sup> Sheldon Danzinger y Peter Gottschalk, “Earnings Inequality, the Spatial Concentration of Poverty, and the Underclass”, *American Economic Review* 77 (1987): 211-215; Isabel Sawhill, “Poverty and the Underclass”, testimonio presentado ante el U.S. House Budget Committee’s Task Force on Income Security, 10 de noviembre de 1987; Douglas S. Massey y Mitchell L. Eggers, “The Ecology of Inequality: Minorities and the Concentration of Poverty 1970-1980”, *American Journal of Sociology* 95 (1990): 1153-1188; Mark S. Littman, “Poverty Areas and the Underclass: Untangling the Web”, *Monthly Labor Review* 114 (1991): 19-32; Carole Marks, “Urban Underclass”, *Annual Review of Sociology* 17 (1991): 445-466; Douglas S. Massey y Nancy A. Denton, *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass* (Cambridge: Harvard University Press, 1993).

<sup>14</sup> John R. Logan y Harvey L. Molotch, *Urban Fortunes: The Political Economy of Place* (Berkeley: University of California Press, 1987); Castells, *The Informational City...*, 1989; Roger Waldinger, “Immigration and Urban Change”, *Annual Review of Sociology* 15: 211-232; Joel A. Devine y James D. Wright, *The Greatest of Evils, Urban Poverty and the American Underclass* (Nueva York: Aldine de Gruyter, 1993); Saskia Sassen, *Cities in a World Economy* (Thousand Oaks, Calif.: Pine Forge Press, 1994).

LINEAMIENTOS DEL DEBATE: APROXIMACIONES  
RESPECTO A LA RAZA Y LA ETNIA

Los años finales de la década de los ochenta fueron testigos de un renovado interés en las relaciones raciales y étnicas. Tanto dentro de Estados Unidos como en todo el mundo, una amplia gama de disciplinas académicas “redescubrieron” la realidad sociológica de “minorías” distintas cultural y políticamente. A pesar de que la nomenclatura varíe, la ubicuidad de este fenómeno social es evidente entre culturas y estratos de complejidad social dispares: antagonismos “tribales” en África, levantamientos “nacionalistas” en Europa Oriental, movimientos de resistencia “indígena” en Latinoamérica, conflictos “étnicos” en el sureste de Asia, intolerancia religiosa en Irlanda del Norte, resistencia política (de los indígenas estadounidenses), separatismo regional (Quebec) en Canadá y conflictos raciales en Sudáfrica. Es evidente que “lo distintivo” de las minorías y la expresión de una identidad sociopolítica asume una gran variedad de formas. Estas dimensiones múltiples y con frecuencia yuxtapuestas son comprensibles sólo dentro del contexto específico de sus respectivos sistemas sociopolíticos.

Incluso en Estados Unidos, con su perdurable herencia multicultural, la llegada de “nuevos” grupos de inmigrantes<sup>15</sup> y el “redescubrimiento” de una “subclase” de minorías urbanas<sup>16</sup> han intensificado el debate público de supuestos de hace muchos años relacionados con la persistencia (e incluso la conveniencia) de una sociedad pluralista culturalmente.<sup>17</sup> La

<sup>15</sup> Roy S. Bryce-Laporte, ed., *Source Book on the New Immigration* (Nueva Jersey: Transaction Books, 1980); David M. Reimers, *Still the Golden Door: The Third World Comes to America* (Nueva York: Basic Books, 1985); Robert D. Manning, “The «New» Immigration: An Historical Perspective of Contemporary Demographic Patterns”, en Frank Butler, ed., *The Church and the New Immigrants* (Washington, D.C.: FADICA, 1989); Alejandro Portes y Ruben G. Rumbaut, *Immigrant America: A Portrait* (Berkeley: University of California Press, 1990); Lawrence H. Fuchs, *The American Kaleidoscope: Race, Ethnicity, and the Civic Culture* (Boston: University Press of New England, 1991).

<sup>16</sup> Wilson, *The Truly Disadvantaged...*, 1987; M. Baca-Zinn, “Family, Race, and Poverty in the Eighties”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 14, no. 4 (1989): 856-874; Marks, “Urban Underclass”, 1991.

<sup>17</sup> Véanse Leonard Auster, *The Path to National Suicide: An Essay on Immigration and Multiculturalism* (Washington, D.C.: American Immigration Control Foundation, 1990); R. Bernstein, “The Arts Catch Up with a Society in Disarray”, *The New York Times*, 2 de septiembre 1990, pp. 1, 12(B); *idem*, “The Rising Hegemony of the Politically Correct”, *ibid.*, 28 de octu-

popularidad de estos puntos de vista pro nativos, que rutinariamente florecen durante periodos de estrechez económica, reside en la clasificación tradicional de grupos minoritarios (racial o étnica) de acuerdo con su relación con la cultura dominante.<sup>18</sup> En 1994, este punto de vista provocó un torbellino de controversia, y dado que la composición étnica de California cambiaba rápidamente y el que fortunas económicas estaban en franco declive, hubo como resultado una virulenta reacción nativista, que adoptó la forma de la famosa Propuesta 187 antiinmigrantes. Este movimiento político epitomiza la creciente ansiedad de la mayoría blanca nativa ya que resuelve el problema que representa para ellos el enfrentarse a la inminente realidad de convertirse en una minoría demográfica y la probable pérdida inherente de un estatus económico privilegiado.

#### ASIMILACIÓN: ¿POR QUÉ NO PUEDEN SER COMO NOSOTROS?

Una de las características distintivas de Estados Unidos es el origen múltiple de su herencia cultural. A diferencia de otras sociedades étnicamente homogéneas como Japón, que desprecia la heterogeneidad social y enfatiza el conformismo,<sup>19</sup> la diversidad en la sociedad estadounidense es la ensalzada en la cultura común como la “nación de inmi-

---

bre 1990, pp. 1-4(B); Denish D'Souza, *Illiberal Education: The Politics of Race and Sex on Campus* (Glencoe, The Free Press, 1991); Arthur Schlesinger Jr., “When Ethnic Studies Are Un-American”, *The Wall Street Journal*, 23 de abril 1990; Richard Hernstein y Charles Murray, *The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1994); Pete Wilson, “The Immigration...”, 1994.

<sup>18</sup> Robert M. Jiobu, *Ethnicity & Assimilation* (Albany: State University Press of New York, 1988); Christopher McAll, *Class, Ethnicity, & Social Inequality* (Canada: McGill-Queen's University Press, 1989); Alejandro Portes y Robert L. Bach, *Latin Journey, Cuban and Mexican Immigrants in the United States* (Berkeley: University of California Press, 1985), capítulo 10; Norman R. Yetman, “Patterns of Ethnic Integration in America”, en *idem*, ed., *Majority and Minority: The Dynamics of Race and Ethnicity in American Life*, 5a. ed. (Boston: Allyn and Bacon, 1991), 209-247.

<sup>19</sup> Sassen, *The Global City...*, 1991; Jonh Lie y Eri Fujieda, “The «Problem» of Foreign Workers in Japan”, ponencia presentada en la reunión anual de la American Sociological Association, 21 de agosto de 1992, Pittsburg, Penn.



grantes”.<sup>20</sup> Las oleadas sucesivas de inmigrantes, en su afán de oportunidades sociales y económicas en la sociedad estadounidense, son descritas como “fundiéndose” voluntariamente en la corriente dominante de la cultura americana. El éxito o el fracaso subsecuentes de cada grupo étnico en particular es, por tanto, atribuido a la ambición de sus miembros en tanto *individuos*. Esto se demuestra fácilmente por la rapidez con que adoptan las costumbres imperantes, los valores y cultura de su nueva sociedad.

Max Weber, en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904), confirió tempranamente credibilidad académica a esta perspectiva al enfatizar el autoengrandecimiento individual como un signo mundano de salvación espiritual. Este *ethos* calvinista abrió la puerta a la asociación de rasgos culturales “modernos” (individualismo, racionalismo, asunción del riesgo) al éxito socioeconómico. Y, a la inversa, los valores culturales “tradicionales” (camaradería, parentesco, cooperación, conservadurismo) se consideraron serios impedimentos para la “americanización” de los nuevos grupos de inmigrantes. Irónicamente, el folclor étnico estadounidense ha servido para aminorar las tensiones derivadas de la línea divisoria de clases que generalmente conlleva un aumento en la desigualdad económica. El ejemplo más destacado es el cuento de “los harapos para los ricos” del mítico héroe inmigrante: Horatio Alger. Este popular cuento que todavía ejerce gran influencia sobre las aspiraciones de los inmigrantes hoy en día, describe a Estados Unidos como “la tierra de las oportunidades” donde “las calles están pavimentadas con oro”.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Oscar Handlin, *The Uprooted: The Epic Story of the Great Migration that Made the American People* (Nueva York: Grosset and Dunlap, 1951); Nathan Glazier y Daniel P. Moynihan, *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City* (Cambridge: MIT Press, 1963); Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life* (Nueva York: Oxford University Press, 1964); Andrew Greely, *Why Can't They Be Like Us? America's White Ethnic Groups* (Nueva York: E.P. Dutton, 1971); Stephan Thernstrom, *The Other Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis 1880-1970* (Cambridge: Harvard University Press, 1973); Stanley Lieberson, *Piece of the Pie: Blacks and White Immigrants since 1880* (Berkeley: University of California Press, 1980); Thomas Sowell, *Ethnic America, a History* (Nueva York: Basic Books, 1980); Fuchs, *The American Kaleidoscope...*, 1991.

<sup>21</sup> Richard Weiss, *The American Myth of Success: From Horatio Alger to Norman Vincent Peale* (Urbana: University of Illinois Press, 1988); Stephen Steinberg, *The Ethnic Myth: Race, Ethnicity, and Class in America* (Nueva York: Atheneum Press, 1982), capítulo 3.

Este punto de vista tradicional de la historia cultural estadounidense se describe metafóricamente como “el crisol”, una mezcla especial de diferentes grupos sociales que da como resultado un “estofado” rico y de gran sabor cultural.<sup>22</sup> La clave de esta historia reside en que la inclusión de nuevos “ingredientes” culturales da mucho mejor sazón pero, en esencia, no altera el producto culinario final. Ello implica que los nuevos inmigrantes, a través del proceso de *asimilación* cultural, deben seguir las instrucciones de grupos sociales anteriores a ellos, esto es, la “receta” del conformismo anglosajón. Así, como la obligada eficiencia de las fuerzas de mercado en el ámbito económico, este darwinismo cultural sirve para preservar la manifiesta superioridad de la “cultura común” —como fue definida por otros grupos inmigrantes anteriores— al ridiculizar a las minorías que conservan su cultura tradicional, a la que califican de anacronismo social. Es muy significativo que, al implicar la existencia de una *verdad* empírica singular (por ejemplo, la superioridad de algún grupo definido de valores “conservadores” universales), dicho enfoque “positivista” rechaza la posibilidad de que la sociedad es un mercado dinámico de realidades o interpretaciones competitivas, socialmente hablando, que son igualmente dignas de consideración. El resultado es una clasificación jerárquica de grupos sociales (superior/inferior, moderno/tradicional, ambicioso/perezoso) que refleja la disposición/habilidad individual y colectiva para adaptarse a las duras exigencias de la sociedad contemporánea. En consecuencia, tiende a empañar la realidad social de la diversidad cultural al etiquetar a la minoría como “el otro” que es socialmente, considerado menos, o a la categoría social residual que queda *después* de identificar a aquellos que conforman el canon de la cultura dominante. En este proceso, categorías sociales como clase y filiación religiosa se ven subsumidas en los agrupamientos raciales y étnicos, en tanto el género y la orientación sexual son calificados como dimensiones secundarias de importancia marginal.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Glazier y Moynihan, *Beyond the Melting Pot...*, 1963; Handlin, *The Uprooted: Epic Story...*, 1951; Gordon, *Assimilation in American Life*, 1964; Lieberman, *Piece of the Pie...*, 1980; Sowell, *Ethnic America...*, 1980.

<sup>23</sup> McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989; Robert D. Manning, “Multiculturalism in America: Clashing Concepts, Changing Demographics, and Competing Cultures”, *International Journal of Group Tensions* (verano 1995): 117-168.

El análisis convencional de las relaciones raciales y étnicas se orienta hacia el *asimilacionismo*. Esto quiere decir que los nuevos grupos sociales se adaptan voluntariamente a los valores dominantes y ante la cultura de la sociedad huésped al “diluirse” en la corriente socioeconómica predominante. Los restos culturales restantes (lenguaje, religión, actitudes personales, valores, alimentación, vestido, costumbres) sirven para definir las fronteras sociales de “categorías” étnicas transitorias tanto como para precisar su “progreso” respectivo a lo largo del inexorable camino de la movilidad socioeconómica. En su aspecto más simplista, las distinciones sociales, políticas y económicas entre el grupo dominante y los grupos minoritarios son atribuidas a las desiguales cargas biológicas. A pesar de que muy pocos académicos suscriben las explicaciones genéticas deterministas de la desigualdad racial o étnica, este punto de vista cuenta con un legado de gran tradición entre los intelectuales.<sup>24</sup>

Actualmente, los puntos de vista sociales de los conservadores están profundamente influenciados por la corriente asimilacionista. De hecho, algunos politólogos se refieren explícitamente a distintos “subprocesos” de asimilación para interpretar el éxito individual y desigualdad intergrupala. Este enfoque se ha visto apoyado por el libro de Milton Gordon, un clásico, *Assimilation in American Life* (1964), que distingue entre niveles de comportamiento (actitudes individuales) y los estructurales (inserción en la gran corriente de instituciones sociopolíticas). De ahí la afirmación de que el éxito final o el fracaso a largo plazo de grupos minoritarios que no alcanzan movilidad socioeconómica se atribuya a que, o bien adoptan los valores estadounidenses “conservadores” o bien a la similitud existente en sus propios acervos culturales a valores modernos, como motivación para un desempeño de altos logros, diligencia, perseverancia, audacia, orientación al futuro y el diferimiento de la recompensa inmediata. Andrew Greeley resume sucintamente esta filosofía social conservadora al evaluar el éxito socioeconómico de los inmigrantes del sur y del este de Europa a principios del siglo XX:

<sup>24</sup> Véase, respecto a un punto de vista muy elaborado de la etnicidad, Pierre L. van den Berghe, *The Ethnic Phenomenon* (Nueva York: Elsevier, 1981); y para una apasionada argumentación genetista que explica los diferentes logros raciales y étnicos de la sociedad estadounidense, Hernstein y Murray, *The Bell Curve...*, 1994.

No había lugar, no había acciones afirmativas, ningún sistema elaborado de servicios sociales y, el cielo es mi testigo, carecían de militancia étnica. No se hablaba de indemnizaciones, no había complejo de culpa, ni sentimiento alguno de compasión para estos inmigrantes... Trabajo duro, ahorro, sacrificios; ésta es un explicación tentativa del “milagro étnico”.<sup>25</sup>

En suma, la asimilación es descrita como un proceso lineal inexorable, cuyo problemático ritmo de movilidad socioeconómica *no* sufre la influencia de la estructura del sistema de estratificación de Estados Unidos, sino que se debe al ritmo de la aceptación individual de valores “conservadores” definidos de antemano por los primeros grupos de inmigrantes. Más aun, da por sentada la continua e ininterrumpida fluidez de la sociedad estadounidense donde se cuenta con amplias oportunidades para la movilidad de clase de todos y cada uno de los *grupos* étnicos, no sólo en el nivel de miembros individuales; la discriminación étnica o racial ha de disminuir con el tiempo cuando nuevos grupos empujen a los de antaño en la fila socio-ocupacional. De igual manera, al presuponer acceso igual a recursos básicos como educación o comprar casa, se espera que ello habilite a los nuevos inmigrantes y a las minorías para que, pasado el tiempo, logren paridad política y económica con los blancos nativos.<sup>26</sup> Nótese que este aserto tiende a legitimar, a priori, el éxito social y económico de los grupos sociales dominantes. Al “echarle la culpa a la víctima” se argumenta que la cultura tradicional de los nuevos inmigrantes (esto es, europeos no occidentales) es, por definición, inferior y debe ser descartada. Así, argumenta que aquellas minorías que no logren deshacerse de sus “raíces” culturales deben ser castigadas y confinadas a los escalones más bajos de la sociedad estadounidense.

<sup>25</sup> Gordon, *Assimilation in American Life*, 1964, 23.

<sup>26</sup> Greely, *Why Can't They Be...*, 1975; Lieberman, *Piece of the Pie...*, 1980; Stanley Lieberman y Mary C. Waters, *From Many Strands: Ethnic and Racial Groups in Contemporary America* (Nueva York: Russell Sage, 1988); Lisa Neidert y Reynolds Farley, “Assimilation in the United States: Analysis of Ethnic and Generation Differences in Status and Achievement”, *American Sociological Review* 50, 1985: 840-849; Thomas Sowell, *Race and Economics* (Nueva York: McKay, 1975); *idem*, *Ethnic America...*, 1980.

## PLURALISMO CULTURAL: UNA CRÍTICA AL CONFORMISMO SOCIOCULTURAL (ANGLOSAJÓN)

El concepto de “crisol” de la historia cultural estadounidense tiende a verse empañado por sus “raíces” etnocéntricas y su perspectiva de clases sociales privilegiadas.<sup>27</sup> No sólo presupone la superioridad cultural de grupos sociales establecidos, sino que implica que todos los recién llegados se adhieren con gran entusiasmo al proceso de “americanización”. De hecho, las incesantes presiones pro asimilación han producido más una sociedad heterógena culturalmente hablando, que una de carácter homogéneo, cuyos límites “étnicos” más pronunciados tienden a verse reforzados por las resquebrajaduras sociales subyacentes. Esto se debe a que las características sociales de los respectivos grupos de extranjeros, aunadas a las circunstancias históricas contingentes que definieron su capacidad de adaptación, ofrecen caminos únicos para su eventual integración al sistema de clases de Estados Unidos. Esto es, los patrones singulares de la adaptación de los inmigrantes son producto de 1) condiciones específicas históricas de su aceptación en Estados Unidos (oportunidades de empleo, discriminación étnica o racial, asentamientos rurales o urbanos; 2) sus recursos individuales socioculturales (habilidades, capacidad para integrar un sindicato, educación, recursos económicos, vocación empresarial) y 3) las características particulares de sus comunidades respectivas (número de componentes, composición por sexo, oportunidades comerciales).<sup>28</sup>

El enfoque del *pluralismo cultural* cuestiona el orden jerárquico de las diferentes culturas y los diversos grupos sociales como lo plantean los conservadores. El enunciado básico de la *asimilación*, que afirma que con el tiempo las diferencias culturales se rendirán ante la uniformidad, se ha rechazado por especioso y porque ignora las contribuciones únicas

<sup>27</sup> John Higham, *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1896-1925* (Nueva Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1955); Steinberg, *The Ethnic Myth...*, 1982; McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989.

<sup>28</sup> La tipología general de formaciones sociales inmigrantes/étnicas y sus respectivos modos de “incorporación” laboral se discuten en Alejandro Portes y Robert D. Manning, “The Immigrant Enclave: Empirical and Theoretical Examples”, en Joan Nagel y Susan Olzak, eds., *Ethnicity: Structure and Progress* (Nueva York: Academic Press, 1986), 47-68; Robert D. Manning, “Industrial Restructuring, Immigrant Workers, and the American State: The Political Economy of Mexican Migration” (tesis de doctorado), Department of Sociology, The Johns Hopkins University, 1989, capítulo 9; Portes y Rumbaut, *Immigrant America...*, 1990.

que los diversos grupos raciales o étnicos han aportado a la cultura “común”; reconoce explícitamente que el rico tejido de esta cultura “común” estadounidense se ha forjado a partir de su diversidad social única. Más que forzar a los recién llegados a “ser como nosotros”, el proceso de la adaptación de los inmigrantes entraña un “toma y daca” cultural, que tanto acultura a los recién llegados del extranjero *como* contribuye a continuar la construcción social de la gran cultura nacional. Este proceso de asentamiento, durante el cual los grupos inmigrantes forjan comunidades étnicas minoritarias de carácter autónomo, lleva a relaciones intergrupales dinámicas, con frecuencia antagonicas, en tanto que la transmisión cultural se da a través de relaciones recíprocas y con frecuencia produce sincretismos culturales muy distintivos. Lo anterior se ilustra mediante los patrones de asentamientos actuales y las experiencias de adaptación de los nuevos grupos de origen latino y asiático en tanto negocian el terreno social rápidamente cambiante de los suburbios metropolitanos.<sup>29</sup>

Es evidente que la adaptación cultural dentro del marco de la sociedad estadounidense se comporta “naturalmente” en forma recíproca más que de acuerdo con el proceso unilineal, propuesto por la perspectiva asimilacionista. Esta es la razón de fondo del rechazo explícito de las concepciones estáticas de la cultura tales como superior/inferior y, por ello, la inevitabilidad de la asimilación en sus diversas formas socioculturales, con sus niveles implícitos de jerarquización. Más aún, el *pluralismo cultural*, tanto como ideología como modelos de desarrollo comunitario, confiere a las minorías de Estados Unidos estrategias voluntarias e involuntarias para mantener su identidad grupal y su solidaridad social. Por ejemplo, la emergencia y la persistencia de comunidades étnicas socialmente integradas ofrece empleo interno y oportunidades comerciales bajo la forma de “nichos” étnicos,<sup>30</sup> “enclaves”<sup>31</sup> y minorías del “intermediario”.<sup>32</sup>

<sup>29</sup> Frey y Speare, *Regional and Metropolitan Growth...*, 1988; Richard D. Alba y John R. Logan, “Minority Proximity to Whites in Suburbs: An Individual-Level Analysis of Segregation”, *American Journal of Sociology* 98, no. 6 (1993): 1388-1427; Manning y Butera, “From Ellis Island...”, 1994; Manning “The «New» Immigration...”.

<sup>30</sup> Ivan Light, “Disadvantaged Minorities in Self-Employment”, *International Journal of Comparative Sociology* 20 (1979): 23-37.

<sup>31</sup> Portes y Bach, *Latin Journey...*, 1985; Portes y Manning, “The Immigrant Enclave...”, 1986.

<sup>32</sup> I. Kim, *New Urban Immigrants: The Korean Community in New York* (Princeton: Princeton University Press, 1981); Ivan Light y Edna Bonacich, *Immigrant Entrepreneurs: Koreans in Los Angeles, 1965-1982* (Berkeley: University of California Press, 1988).

Sin embargo, para otros, en especial los afroamericanos, el surgimiento de una identidad grupal no asimilable se configuró y definió por su posición de “casta” en un sistema económico estratificado de clases,<sup>33</sup> que los condujo a ser segregados en las labores agrícolas de bajos salarios en la parte rural del sur y, después, en las metrópolis urbanas del norte vía el “colonialismo interno”.<sup>34</sup> En forma similar, la experiencia de los indígenas estadounidenses en el periodo postcolonial también se define por las relaciones de poder asimétricas con grupos (blancos) dominantes. Esto ha desembocado en las restricciones de los derechos políticos de los indígenas y, cada vez en mayor medida, en la incapacidad de preservar su estilo de vida. A diferencia de los afroamericanos, sin embargo, este proceso se ha visto condicionado, en primer lugar, por la demanda de recursos naturales —no mano de obra barata—, especialmente energía, minerales, tierras agrícolas de labor, caza, pesca y derechos sobre el agua.<sup>35</sup>

Independientemente de si la existencia de grupos minoritarios distintivos es el producto histórico de la separación o segregación voluntaria o involuntaria, el pluralismo cultural reconoce la realidad de persistentes “diferencias” intergrupales que pueden ser la respuesta práctica a la acogida hostil de los grupos dominantes. Por ejemplo, los inmigrantes nuevos pueden voluntariamente concentrarse en enclaves étnicos aislados social o espacialmente, como una estrategia inicial para obtener movilidad socioeconómica al crear estructuras empresariales o de empleo interno (como los cubanos en Miami). Otros pueden elegir dispersarse a lo largo de la gran sociedad en busca de trabajos de “nicho”

<sup>33</sup> Oliver C. Cox, *Caste, Class, & Race: A Study in Social Dynamics* (Nueva York: Doubleday, 1948); G.D. Berreman, “Race, Caste, and Other Invidious Distinctions in Social Stratification”, *Race* XIII, no. 4 (1972): 12-31; James A. Geschwender, *Racial Stratification in America* (William C. Brown, 1978).

<sup>34</sup> Robert Allen, *Black Awakening in Capitalist America* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1970); Robert Blauner, *Racial Oppression in America* (Nueva York: Harper & Row, 1972); Edna Bonacich, “A Theory of Middleman Minorities”, *American Sociological Review* 38 (1976): 583-594; William J. Wilson, *The Declining Significance of Race: Blacks and Changing American Institutions* (Chicago: University of Chicago Press, 1978); Melvin M. Leiman, *The Political Economy of Racism. A History* (Londres: Pluto Press, 1993).

<sup>35</sup> J.G. Jorgensen, “A Century of Political Economic Effects on American Indian Society, 1880-1980”, *Journal of Ethnic Studies* 6 (1978): 1-32; Matthew D. Snipp, *American Indians: The First of This Land* (Nueva York: Russell Sage, 1988); Russell Thornton, *American Indian Holocaust and Survival* (Norman: University of Oklahoma Press, 1995).

(como los tenderos coreanos), o en busca de oportunidades de empleo más favorables, guiados por amplias redes sociales (jornaleros mexicanos) e inclusive en oficinas públicas y/u organizaciones comunitarias (refugiados vietnamitas).

Irónicamente, la sagacidad misma de la perspectiva del pluralismo cultural oculta su mayor debilidad. Esto es, tiende a ofrecer un análisis estático que exagera la armonía en las relaciones entre varios grupos raciales y étnicos, en tanto pasa por alto las fuerzas políticas y económicas que subyacen en su “construcción” social; la aceptación de las diferencias culturales no implica necesariamente que se crea en una igualdad socioeconómica relativa. Los inmigrantes y otras minorías nativas, por ejemplo, pueden ver frustradas sus aspiraciones a la movilidad por barreras ocupacionales socialmente definidas, tales como la “división cultural del trabajo”, como si fuese un sistema de castas.<sup>36</sup> Esta concentración involuntaria de grupos raciales o étnicos específicos en el fondo del mercado de trabajo o a lo largo de fronteras espacialmente definidas, puede exacerbar las tensiones intergrupales existentes y promover una “elasticidad” étnica o una etnicidad “reactiva” que puede expresarse en militancia política, e incluso en movimientos sociales a gran escala basados en la etnia.<sup>37</sup> Es muy significativo que estas condiciones puedan alentar concepciones más amplias de raza y etnicidad para maximizar el poder político potencial de los grupos minoritarios resentidos. Esto incluye movilizaciones estadounidenses pan-nativas que trascienden filiaciones tribales, movimientos panlatinos que unen a los nacidos en Estados Unidos con los grupos de mexicanos y centroamericanos (*la Raza*) o, incluso, todos los grupos de ascendencia española, y movilizaciones panafricanas que abarcan todos y cada uno

<sup>36</sup> Michael Hechter, *Internal Colonialism: The Celtic Fringe in British National Development* (Berkeley: University of California Press, 1975); *idem*, “Group Formation and the Cultural Division of Labor”, *American Journal of Sociology* 84, no. 2 (1978): 293-318.

<sup>37</sup> Michael T. Hannan, “The Dynamics of Ethnic Boundaries in Modern Societies”, en John Meyer y Michael T. Hannan, eds., *National Development and the World System* (Chicago: University of Chicago Press, 1979), 253-275; Charles Ragin, “Ethnic Mobilization: The Welsh Case”, *American Sociological Review*, no. 44 (1979): 619-635; François Nielsen, “Towards a Theory of Ethnic Solidarity in Modern Societies”, *American Sociological Review*, no. 50 (1985): 133-149; Susan Olzak, “Ethnic Mobilization in Quebec”, *Ethnic and Racial Studies*, no. 5 (1982): 253-275; Joan Nagel, “The Political Construction of Ethnicity”, en Joan Nagel y Susan Olzak, eds., *Competitive Ethnic Relations* (Orlando: Academic Press, 1986), 38-49.



de los grupos lingüísticos, nacionales y culturales surgidos de la diáspora africana.

En síntesis, un mosaico cultural que predica tolerancia tácita o incluso la afirmación de la diversidad no implica que los conflictos y/o competencia intergrupales puedan resolverse equitativamente o cuando menos mediar en ellos de manera eficaz. Esta negligencia en cuanto a las relaciones desiguales de poder insertas en todos los Estados-nación subyace en la tendencia del pluralismo cultural a minimizar las tensiones del sistema y los conflictos entre grupos socialmente competitivos;<sup>38</sup> por ejemplo, las fricciones entre los chicanos y los mexicanos inmigrantes con respecto a los escasos recursos del suroeste de Estados Unidos a pesar de que comparten la misma herencia cultural.<sup>39</sup> En épocas más recientes, el otorgamiento de estatus de minorías modelo a asiático-estadunidenses es desmentido por las luchas sordas en el seno de esta población "étnica" heterogénea ante la realidad: pobreza creciente y la cada vez más extensa desigualdad social. Para el creciente número de grupos de origen asiático, el estereotipo de grandes logros educativos y éxito económico es tan incongruente como el mito popular de las "reinas" de la asistencia social afroamericanas que supuestamente abundan en el interior de las ciudades.

La falta de perspectiva sociológica y de comprensión de la desigualdad postindustrial permea el discurso populista del multiculturalismo en Estados Unidos. No debemos restar importancia a este punto. El que se proclamen actualmente políticas públicas o privadas para promover mayor comprensión *individual* de las diferencia *grupales* raciales o étnicas sólo sirve para distraer la atención de las grandes fuerzas sociales responsables de las diversas condiciones sociales entre grupos rivales. En el proceso, se tiende a soslayar las brechas de clase insertas en las categorías sociales de raza y etnicidad.<sup>40</sup> Por ejemplo, las escenogra-

<sup>38</sup> Hannan, "The Dynamic of Ethnic Boundaries...", 1979; Edna Bonacich, "Class Approaches to Ethnicity and Race", *Insurgent Sociologist* 10 (1980): 1-23; McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989.

<sup>39</sup> M. Barrera, *Labor and Class in the Southwest: A Theory of Racial Inequality* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1980); Frank D. Bean y Marta Tienda, *The Hispanic Population of the United States* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1987); Rodolfo Acuña, *Occupied America: The History of Chicanos* (Nueva York: Harper & Row, 1989).

<sup>40</sup> Bonacich, "Class Approaches...", 1980; Steinberg, *The Ethnic Myth...*, 1982; McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989.

fías multiculturales en los medios masivos de comunicación, como en la controversial película de Spike Lee, *Do the Right Thing* (1989), reafirman la presuposición inspirada en que la pluralidad cultural sirve para resolver las tensiones interétnicas: promover la comprensión mutua. Esto es, los diversos grupos raciales o étnicos necesitan conocerse mejor y, en consecuencia, establecer un “terreno común” para poder mediar en los graves malentendidos culturales. El enfoque situacional, si bien es laudable, es una respuesta necesaria pero ciertamente *no* basta si no es capaz de examinar explícitamente el contexto social de la desigualdad en Estados Unidos. Esta es la razón por la cual el pluralismo cultural falla en dar solución a los asuntos políticos subyacentes, como la segregación de las áreas habitacionales de carácter residencial o las diversas estructuras de retribución que desembocan en salarios desiguales por el mismo tipo de trabajo a causa de motivos raciales (mercado de trabajo “escindido”), por etnicidad y/o estatus de inmigrante (mercado de trabajo “dividido”), y por género (segregación ocupacional). No es de sorprendernos que este enfoque haya producido una floreciente industria de creación de facilidades transculturales, programas audiovisuales y talleres,<sup>41</sup> pero ha carecido de éxito en la solución de tensiones interétnicas fuera de la fuente multicultural de trabajo.

Por último, es muy importante enfatizar que la estructura social raza/etnicidad se guía y se ha visto reforzada con políticas nacionales que tanto estimulan *como* suprimen violentamente la “elasticidad” cultural, perspectiva que contrasta abruptamente con la de los conservadores, quienes sostienen que las minorías son biológicamente grupos inmutables. Esto es, los patrones de desigualdad multiestratificados de las categorías sociales étnicas y raciales se construyen políticamente, se refuerzan y se mantienen por las instituciones clave del Estado-nación. Lo anterior se ilustra por el papel central que desempeñan algunas oficinas de Estados Unidos, como la Oficina del Censo (Bureau of the Census) y el INS que, al promover y reforzar límites étnicos ambiguos,

<sup>41</sup> Alice Edwards, “Cultural Diversity in Today’s Corporation: The Enlightened Manager”, *Working Woman* (enero 1991): 45-60; J. O’Mara, *Managing Workforce 2000: Gaining the Diversity Advantage* (Jossey-Bass, 1991); Robert R. Thomas, *Beyond Race and Gender, Unleashing the Power of Your Total Work Force by Managing Diversity* (Nueva York: American Management Association, 1991); e *idem*, “From Affirmative Action to Affirming Diversity”, *Harvard Business Review* (marzo-abril, 1991): 107-117.

defienden eficazmente el sistema actual de relaciones socioeconómicas desiguales contra movilizaciones políticas apoyadas potencialmente por grandes bases. Como conclusión, la no aceptación de relaciones de poder sistémicas es la falla fundamental de la perspectiva cultural pluralista, y de ahí su clasificación errónea como enfoque “liberal” en las relaciones con las minorías de Estados Unidos.<sup>42</sup>

LA PARADOJA DEL MULTICULTURALISMO EN ESTADOS UNIDOS:  
TENSIONES INTELECTUALES CAUSADAS  
POR LA DIVERSIDAD CULTURAL

Como se discutió anteriormente, la paradoja fundamental de la historia social de Estados Unidos es la glorificación (“América es una nación de inmigrantes”) contra la desaprobación de la diversidad cultural (conformidad anglosajona). Esta tensión política se refleja en los periódicos populares cada vez con mayor regularidad. Richard Bernstein (1990) en *The New York Times*, por ejemplo, censura con dureza el surgimiento del “multiculturalismo” o lo que él llama “el culto de la otredad”, como un ataque devastador a la cultura “común”, el “cemento” social de la sociedad estadounidense. Su desapasionada defensa de la tendencia a la asimilación refleja el temor de la clase media blanca cuando se enfrenta al reto creciente del *statu quo* político y económico que tradicionalmente ha definido las relaciones raciales y étnicas. Por ejemplo, las demandas de los grupos minoritarios pro igualdad social (esto es, multiculturalismo como una política social) van desde la inclusión de “otras perspectivas” en el canon de la literatura occidental y los *curricula* académicos formales a mandatos representativos políticos en cuanto al empleo, contratos comerciales y organismos de toma de decisiones (minorías, mujeres), a la compensación económica por injusticias históricas (los japoneses recluidos durante la segunda guerra mundial).

No nos sorprende que el rechazo de estas “convenciones” de la sociedad de Estados Unidos, con sus profundas implicaciones para la futura

<sup>42</sup> Geschwender, *Racial Stratification...*, 1978; Bonacich, “Class Approaches...”, 1980; Steinberg, *The Ethnic Myth...*, 1982; Michael Omni y Howard Winant, *Racial Formation in the United States from the 1960's to the 1980's* (Nueva York: Routledge, 1991); McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989; Manning, “Multiculturalism in America...”, 1995.

(re)distribución de riqueza y poder, haya sido atacado por los periodistas, ya que consideran que fomenta un “nuevo tribalismo”,<sup>43</sup> y otros lo desdennan porque mina la “cohesión” nacional.<sup>44</sup> Arthur Schlesinger Jr. ejemplifica este punto de vista en su libro *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society*:

La idea histórica de una identidad estadounidense unificada se encuentra actualmente en peligro [...] En lugar de una nación transformadora con una identidad propia, los Estados Unidos son, bajo esta perspectiva, un país que preserva una diversidad de identidades ajenas [...] El dogma multiétnico deserta de su propósito histórico, reemplazando la asimilación por la fragmentación, la integración por el separatismo. Menoscaba el *unum* y glorifica el *pluribus* [...] Uno se pregunta: ¿resistirá el centro?, ¿o el crisol dará de sí y se convertirá en una torre de Babel?<sup>45</sup>

Hoy en día, las respuestas al multiculturalismo (aunque imprecisamente definidas) abarcan a todo lo ancho el espectro político. De un patrón social deseable que se abraza con entusiasmo y al que se le nutre, o una realidad demográfica inevitable que debe tolerarse, o cuando menos “manipularse” eficazmente (sobre todo, en los lugares de trabajo), hasta una responsabilidad cultural incierta que tiene el potencial político de destrozr el delicado tejido social de la sociedad de Estados Unidos. No es inesperado que el Estado haya asumido una participación cada vez más activa en la promoción de la diversidad cultural y la “tolerancia” social (por ejemplo, políticas antidiscriminación, de acción afirmativa y políticas educativas de bilingüismo) en un esfuerzo para minimizar el desacuerdo social. La concesión a la realidad multicultural rápidamente cambiante de la población de Estados Unidos enmascara las demandas contenciosas de la redistribución del poder

<sup>43</sup> Bernstein, “The Rising Hegemony Politically Correct”, *The New York Times*, 28 de octubre 1990, 1-4; George F. Will, “Poisoning Higher Education”, *The Washington Post*, 9 de abril 1991, p. 23(A); Jonathan Yardley, “One White Man Seeing Red”, *The Washington Post*, 19 de febrero 1990, p. 23(A).

<sup>44</sup> Leonard Auster, *The Path to National Suicide...*, 1990; E.D. Hirsch, *Cultural Literacy* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1987); Schlesinger, “When Ethnic Studies...”, 1990; Sowell, “Multicultural Instruction”, 1993.

<sup>45</sup> Arthur Schlesinger Jr., *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society* (Nueva York: Random House, 1992), 16-18.

social. Esto último se evidencia por el desplazamiento del liderazgo político de las ciudades estadounidenses y está detrás del contragolpe cada vez más intenso de la “derecha” conservadora, en tanto resiste los esfuerzos de las minorías por redefinir su posición en el fondo de la sociedad estadounidense.

El fomento del multiculturalismo —como política nacional— no refleja necesariamente que se comprenda que la diversidad cultural es un fenómeno social valioso y que, si se le nutre adecuadamente, pudiera brindar todavía mayores beneficios sociales y económicos. Más bien, puede representar una admisión práctica por parte de las élites nacionales que la ideología dominante del conformismo anglosajón ya no persuade a las minorías nativas, y que su ausencia puede auspiciar potencialmente cambios políticos exitosos en el equilibrio de poder existente en la sociedad estadounidense. Ciertamente, puede ser que la realidad política enmascare la exitosa resistencia de grupos minoritarios a antiguos programas de asimilación forzosa; por ejemplo, la incapacidad de difuminar los movimientos separatistas culturales de Canadá, como el Bloque Quebequense y “otras revueltas étnicas” (como la de los indígenas) responsable de la promulgación de una política gubernamental oficial multiculturalista en Canadá para poder preservar la tenue estabilidad política de un Estado-nación.<sup>46</sup> De manera similar, la conciencia étnica y la diferenciación cultural han sido históricamente toleradas, e incluso estimuladas en los niveles local y nacional en Estados Unidos en un esfuerzo para controlar (o cuando menos, contener) las movilizaciones políticas apoyadas por las bases.

En síntesis, la ideología del multiculturalismo puede ser manipulada eficazmente si no es cooptada por los grupos dominantes en un esfuerzo por retrasar, o incluso repeler, los movimientos políticos de las bases que pueden exigir, de hecho con eficacia, profundos cambios sociales. Este último punto es particularmente relevante ya que los politólogos de Estados Unidos se aprestan a presentar batalla a la amenazante realidad demográfica de una nueva “mayoría multicultural”, así como a intensificar las tensiones políticas derivadas de la vasta “línea divisoria social” postindustrial. Como se demostró de manera vivencial en los motines de Los Ángeles, donde la policía arrestó a más latinos

<sup>46</sup> Véase McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989, capítulo 14.

que afroamericanos,<sup>47</sup> tal carencia de comprensión de las relaciones raciales y étnicas de Estados Unidos puede elevar rápidamente la temperatura del crisol hasta un explosivo punto de ebullición. Para una comprensión atingente de futuros patrones, que incluye las bases sociales en expansión del apoyo político de los conservadores en los suburbios, analizaremos ahora el panorama social cambiante de Estados Unidos en la era postindustrial.

#### DE ELLIS ISLAND A LOS SENDEROS DORADOS: RELACIONES MULTICULTURALES EN LA METRÓPOLI POSTINDUSTRIAL

La gran mayoría de “nuevos” inmigrantes, que llegó a finales del siglo XIX y principios del XX, se asentó en las grandes ciudades industriales del noreste y del medio oeste, donde las comunidades de residentes se hacinaban cerca de las fuentes primarias de empleo de las fábricas. El crecimiento urbano se aceleró por la expansión de la producción de las fábricas y por la integración espacial del sistema de transporte municipal que unía nuevos vecindarios y barrios al centro de la ciudad;<sup>48</sup> para estos recién llegados, el trabajo y la comunidad constituían el centro vital de su universo urbano en expansión.<sup>49</sup> A pesar de que algunos negocios, cuyos dueños eran inmigrantes, prosperaban, principalmente porque prestaban servicio a los “nichos” étnicos de sus respectivos vecindarios, la experiencia de muchos recién llegados se definió por su destreza y habilidades, de gente no preparada o semicapacitada, y sus empleos en la industria, dentro de un marco ambiental de trabajo muy politizado que dio como resultado un movimiento laboral fuertemente

<sup>47</sup> Hazen, *The Riots in Los Angeles...*, 1992; Gooding-Williams, *Reading Rodney King...*, 1993; Baldassare, *The Los Angeles Riots...*, 1994.

<sup>48</sup> Ira Katznelson, *City Trenches, City Politics, and the Patterning of Class in the United States* (Chicago: University of Chicago Press, 1981).

<sup>49</sup> Oliver Zunz, *The Changing Face of Inequality: Urbanization, Industrial Development, and Immigrants in Detroit* (Chicago: University of Chicago Press, 1982); John Bodnar, *The Transplanted: A History of Immigrants in Urban America* (Bloomington: Indiana University Press, 1985); Ronald H. Bayor, *Neighbors in Conflict: The Irish, Germans, Jews, and Italians of New York City, 1929-1941* (Urbana: University of Illinois Press, 1988).

organizado.<sup>50</sup> Para muchos que vinieron con la llamada gran inmigración, su participación en la sociedad estadounidense acentuaba su papel de agentes humanos en los procesos históricos en desarrollo de la industria capitalista. Buscaron mejorar, e incluso transformar radicalmente, su patria adoptiva retando, debatiendo e incluso rechazando las relaciones dominantes de carácter social, político y económico. Por ende, clase, etnicidad y nacionalidad se aglutinaron en formas estadounidenses muy características que produjeron comunidades urbanas distintivas como el Barrio Chino, el Barrio Griego y la Pequeña Italia.

Hoy en día, los “nuevos” inmigrantes, o posteriores a 1965, se enfrentan a una acogida urbana fundamentalmente diferente, en la cual las fábricas que empleaban obreros manuales, con sindicatos tradicionalistas, abandonan la gran ciudad y la vieja maquinaria étnica patronal se derrumba bajo la tensión de una economía urbana en bancarrota. Para estos recién llegados, el “puerto de entrada” al sueño americano se parece más a los anuncios luminosos suburbanos de McDonalds que a las chimeneas de las fábricas del centro. Ciertamente, en tanto el viejo centro urbano lleva a cabo la difícil transición de centros económicos políticamente dinámicos a ejes de servicios administrativos en receso, estos sitios se pueblan cada vez más con minorías nativas de condición humilde, así como con inmigrantes recientes que carecen del capital humano y social necesario para negociar terrenos más favorables en la economía suburbana. El resultado es una “mayoría multicultural” que emerge en las grandes ciudades de Estados Unidos; los blancos se han convertido en una minoría demográfica en el corazón de la ciudad, en tanto se dan cambios socioculturales sin precedente en los suburbios.

La cambiante composición social urbana estadounidense se ilustra mediante la comparación de los centros y la población suburbana de cinco grandes ciudades: Los Ángeles, Chicago, Nueva York, Miami y Washington, D.C. en 1990.<sup>51</sup> Van desde casi una paridad en Chicago (38 por ciento en el centro de la ciudad por 33.4 por ciento en los

<sup>50</sup> Gerald Rosenblum, *Immigrant Workers: Their Impact on American Radicalism* (Nueva York: Basic Books, 1973); Gwendolyn Mink, *Old Labor and New Immigrants in American Political Development: Union Party and State 1875-1920* (Ithaca: Cornell University Press, 1986); Kim Voss, *The Making of American Exceptionalism: The Knights of Labor and Class Formation in the Nineteenth Century* (Ithaca: Cornell University Press, 1993).

<sup>51</sup> Manning, “La crisis postindustrial...”, 1995.

suburbios) a la tasa más alta de casi 2 a 1 en Washington, D.C. (73.1 por ciento en el centro de la ciudad contra 37.5 por ciento en los suburbios); Nueva York está a la mitad (54.2 por ciento en el centro de la ciudad contra 38.4 en los suburbios). Aun así, debe hacerse una salvedad para comprender más cabalmente esta tendencia demográfica. Es decir, a pesar de que los grupos inmigrantes asumen un papel más evidente y mayor en el panorama político y económico de las urbes estadounidenses, sus contribuciones tienden a ser exageradas debido a la decadencia de las bases económicas y demográficas del centro de la ciudad. A la inversa, sus contribuciones en los suburbios se evalúan inadecuadamente debido al rápido crecimiento de los sistemas suburbanos de ciudades satélites o “marginales” de la metrópoli postindustrial. Es muy significativo que este profundo desplazamiento en los patrones de asentamiento de las inmigraciones contemporáneas —del centro de la ciudad a suburbios metropolitanos— no haya sido tomado en cuenta en la literatura de la emigración<sup>52</sup> y que sólo haya recibido una muy modesta atención académica.<sup>53</sup> Lo anterior se ejemplifica por la rápida transformación social del ejemplar distintivo por excelencia de la metrópoli postindustrial: Washington, D.C.

#### WASHINGTON, D.C.: DE CIUDAD BIRRACIAL A METRÓPOLI MULTICULTURAL

Washington, D.C. es generalmente ignorada por los académicos urbanos como lugar significativo para la investigación en las ciencias sociales. Esto se debe a que la “ciudad federal” ha sido vista, tradicionalmente, como la “excepción” urbana, tomada en cuenta como la capital de la nación y no como un centro urbano de magnitud. Hoy en día, sin embargo, Washington, D.C. es la séptima ciudad más poblada, en tanto

<sup>52</sup> Waldinger, “Immigration and Urban Change”, 1989; Portes y Rumbaut, *Immigrant America...*, 1990; Sassen, *The Global City...*, 1991; e *idem*, “Economic Restructuring...”, 1990; Thomas Muller, *Immigrants and the American City* (Nueva York: New York University Press, 1993).

<sup>53</sup> Frey y Speare, *Regional and Metropolitan Growth...*, 1988; Alba y Logan, “Minority Proximity...”, 1993; William H. Frey, “Minority Suburbanization and Continued White Flight in U.S. Metropolitan Areas: Assessing the Findings from the 1990 Census”, en M. Baldassare, ed., *Suburban Communities: Change and Policy Responses* (Nueva York: JAI Press, 1994); Manning, “Washington, D.C....”, 1995.



área metropolitana, de Estados Unidos. Más importante todavía, sus patrones únicos de crecimiento espacial y económico la definen como una metrópoli prototipo de la era postindustrial.<sup>54</sup> Resultado de ello, ofrece importantes puntos de vista con respecto a la geografía social de la sociedad estadounidense, y otras grandes ciudades emulan ya sus características distintivas.

Uno de los rasgos definitorios del periodo de la posguerra de la segunda guerra mundial es el drástico desplazamiento del equilibrio de poder demográfico entre el centro de la ciudad y sus suburbios metropolitanos.<sup>55</sup> Entre 1960 y 1990, por ejemplo, el distrito de Columbia perdió 156 991 habitantes en tanto los suburbios de Maryland y Virginia recibieron más de dos millones. Estos nuevos suburbios, sin embargo, no son simples desarrollos residenciales uniformes. En su lugar, el área metropolitana del distrito de Columbia ha evolucionado a un sistema complejo y jerárquico de municipalidades relativamente autónomas en el aspecto socioeconómico, con una economía política única y diversas culturas regionales, lo cual ha traído como resultado el “brote”, virtualmente de un día para otro, de “nodos de crecimiento” periférico cuya característica distintiva es la confluencia de lugar de trabajo, residencia y actividades culturales o de entretenimiento. De acuerdo con Joel Garreau, el área metropolitana de Washington, D.C. incluye 16 ciudades maduras y siete ciudades satélites o “marginales”.<sup>56</sup>

El desmesurado crecimiento de los suburbios del distrito de Columbia durante la década de los sesenta (de 1.24 millones en 1960 a 2.15 en 1970) no se ha visto interrumpido en los dos decenios siguientes. Los suburbios de Virginia y Maryland aumentaron de 2.4 millones en 1980 a 3.3, en 1990, en tanto el distrito de Columbia registró una severa caída de 756 276 en 1970 a 638 333 en 1980, para después ir declinando uniformemente de 606 900 en 1990 a menos de 590 000 en 1995. Durante este lapso de veinte años, los suburbios crecieron un impresionante 54.4 por ciento, en tanto Columbia sufrió una declinación absoluta de 19.8 por ciento; en 1990, el 84.5 por ciento de la proporción suburbana de la población metropolitana del distrito de Columbia sólo

<sup>54</sup> *Idem*, “La crisis postindustrial...”, 1995, y “Washington, D.C...”, 1995.

<sup>55</sup> Frey y Speare, *Regional and Metropolitan Growth...*, 1988.

<sup>56</sup> Joel Garreau, *Edge City, Life on the New Frontier* (Nueva York: Doubleday, 1991), capítulo 10.

se vio sobrepasado por Atlanta. Es este patrón demográfico de la metrópoli postindustrial, caracterizada por la contención de la población afroamericana dentro de los límites del centro de la ciudad, lo que ha ocasionado la reciente “insuficiencia” de trabajadores manuales en el mercado de trabajo metropolitano del distrito de Columbia a finales de los setenta y principios de los ochenta. Es decir, la fuente tradicional de obreros manuales y trabajadores no especializados estaba disponible. Sin embargo, el histórico legado de segregación de vivienda, aunado a la carencia de un sistema de transporte masivo eficaz para trabajadores itinerantes de Columbia a lugares de trabajo en los suburbios, de hecho cancelaba la oportunidad de trabajar en las áreas metropolitanas lejanas o distantes a los afroamericanos.

Una potencial crisis laboral se evitó con la llegada de nuevos inmigrantes. Estos grupos, en contraste con patrones anteriores de asentamiento, preferían vivir en los suburbios de Maryland y Virginia y no en el centro de la ciudad. En 1970, por ejemplo, los inmigrantes representaban el 4.5 por ciento de la población suburbana de Columbia, pero, en términos absolutos, eran casi tres veces más que el número de residentes nacidos en el extranjero del distrito de Columbia; en comparación, los afroamericanos representan el 8.2 por ciento de la población suburbana de este distrito en 1970. Este patrón refleja el moderado declive de la población inmigrante en el distrito durante los sesenta (-10.7 por ciento) en contraste con el rápido crecimiento en los suburbios (+54.9 por ciento). Durante los setenta, la “nueva” inmigración reforzó los parámetros de este patrón ya que los residentes nacidos en el extranjero aumentaron un 21.1 por ciento, en tanto aquéllos de los suburbios aumentaron 117.6 por ciento.<sup>57</sup> Como resultado de esto, por primera vez en setenta años, la población de nacidos en el extranjero del distrito de Columbia aumentó sustancialmente, de 4.4 por ciento en 1970 a 6.4 por ciento en 1980, y llegó hasta el 9.7 por ciento en 1990. De hecho, hoy en día se le ubica en quinto lugar entre las cincuenta metrópolis más importantes en términos del número de nuevos inmigrantes legales que intentan residir en el área.<sup>58</sup>

<sup>57</sup> U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population, General Social and Economic Characteristics, D.C. Report* (Washington, D.C.: GPO, 1992).

<sup>58</sup> INS, *Statistical Yearbook of Immigration...*, 1996.

La característica más notable de este panorama contemporáneo racial/étnico/nacional de Washington, D.C. es la rapidez del cambio social en su "complejión" (véase cuadro 1). En 1970, por ejemplo, un poco más del 1 por ciento del total del área de la población metropolitana del distrito de Columbia estaba constituido por asiáticos y latinos. Sólo diez años después, la influencia de refugiados centroamericanos, asiáticos y caribeños ya era significativa, especialmente en los suburbios. En 1980, casi tres cuartas partes (74.3 por ciento) de la población de Columbia estaba compuesta por minorías raciales y étnicas (latinos, 2.8 por ciento y asiáticos 1 por ciento). Estas cifras se comparan con el casi un cuarto (23.7 por ciento) de la población suburbana que incluye afroamericanos (16.6 por ciento), latinos (3.1 por ciento) y asiáticos (3.1 por ciento). Aun así, es de particular importancia darse cuenta de que estas cifras son meros artefactos estadísticos; el modesto crecimiento de inmigrantes en la ciudad se ve inflado debido a la declinación absoluta de la población urbana del distrito de Columbia, en tanto su contribución sustancial a los suburbios es reducida debido al tremendo crecimiento de zonas metropolitanas exteriores. Por tanto, el incremento en la población nacida en el extranjero del distrito de Columbia durante 1970 representa un crecimiento neto de sólo 7 067, y en los suburbios presenta un incremento neto de 113 169 (de 4.5 por ciento a 8.7 por ciento).

Hoy en día, los suburbios metropolitanos continúan siendo los representantes del notable cambio sociocultural de la sociedad estadounidense. En Washington, D.C., por ejemplo, el componente combinado étnico o racial de suburbios de Maryland y Virginia aumentó de 23.7 por ciento en 1980 a 30.9 por ciento en 1990. Sobre todo, los tres grandes grupos minoritarios raciales o étnicos aumentaron 458 883, es decir, un sorprendente 83.1 por ciento en los suburbios de Columbia durante la década de los ochenta. Esto representa más de tres veces la tasa de crecimiento de estadounidenses blancos (24.2 por ciento); el total es considerablemente más alto cuando el número de inmigrantes que no han sido considerados, especialmente los latinos, sí se incluye. A pesar de que los afroamericanos aumentaron casi 231 000 más, el 19.1 por ciento, esta ganancia en población se vio sobrepasada por el rápido crecimiento de latinos (116 375; 5.8 por ciento) y asiáticos (111 625; 5.6 por ciento); la heterogénea comunidad de origen latino (bolivianos, peruanos, cubanos, guatemaltecos, salvadoreños) aumentó más rápida-

mente en los suburbios del noreste de Virginia en tanto que diversas comunidades asiáticas (chinos, hindúes, coreanos, filipinos, vietnamitas) aumentaron más rápidamente en los suburbios de Maryland.

CUADRO 1  
CAMBIO MULTICULTURAL EN EL ÁREA METROPOLITANA  
DE WASHINGTON, D.C.: RAZA, ETNIA Y NACIDOS  
EN EL EXTRANJERO (1970, 1980 y 1990)<sup>1</sup>

<i>Área</i>	<i>1970</i>		<i>1980</i>		<i>1990</i>	
	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>Distrito de Columbia (ciudad)</i>						
Blancos	209 272	27.7	164 244	25.7	166 131	27.4
Negros	537 712	71.1	445 154	69.8	395 213	65.1
Hispanos	— <sup>2</sup>	— <sup>2</sup>	17 679	2.8	32 710	5.4
Asiáticos	— <sup>2</sup>	— <sup>2</sup>	6 636	1.0	10 724	1.8
Otros <sup>3</sup>	9 526 <sup>2</sup>	1.2	4 620	0.7	2 112	0.4
Nacidos en el extranjero	33 482	4.4	40 594	6.4	58 887	9.7
<i>Suburbios del distrito de Columbia (Maryland y Virginia)</i>						
Blancos	1 957 709	90.9	1 847 572	76.3	2 293 002	69.1
Negros	176 640	8.2	400 926	16.6	631 809	19.1
Hispanos	— <sup>2</sup>	— <sup>2</sup>	75 701	3.1	192 076	5.8
Asiáticos	— <sup>2</sup>	— <sup>2</sup>	75 512	3.1	187 137	5.6
Otros <sup>3</sup>	19 506 <sup>3</sup>	0.9	22 878	0.9	12 650	0.4
Nacidos en el extranjero	96 226	4.5	209 395	8.7	425 562	12.8

CUADRO 1  
(continuación)

Área	1970		1980		1990	
	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
<i>Área metropolitana de Washington, D.C. (totales)</i>						
Blancos	2 166 981	74.5	2 011 816	65.7	2 459 133	62.7
Negros	714 352	24.5	846 080	27.6	1 027 022	26.2
Hispanos	— <sup>2</sup>	— <sup>2</sup>	93 380	3.1	224 786	5.7
Asiáticos	— <sup>2</sup>	— <sup>2</sup>	82 148	2.7	197 871	5.1
Otros <sup>3</sup>	29 032 <sup>2</sup>	1.0	27 498	0.9	14 762	0.4
Nacidos en el extranjero	129 708	4.5	249 944	8.2	484 449	12.4

FUENTE: U.S. Bureau of the Census, *1970, 1980 and 1990 General Population Characteristics, Washington, D.C.*:

<sup>1</sup> Los hombres solteros afroamericanos y latinos no han sido, históricamente, contados. Este renglón es de especial importancia en la enumeración de la población de origen hispano, debido a la reticencia de los inmigrantes indocumentados a participar en el Censo de Estados Unidos. Asimismo, estos datos no “cuentan doble” a los grupos raciales y étnicos que se traslapan. Por ejemplo, los afrolatinos, como los negros cubanos, se clasifican sólo en el renglón de “hispanos”.

<sup>2</sup> En 1970, la proporción de minorías hispanas y asiáticas era tan pequeña en el área metropolitana de Washington, D.C. que el Censo de Estados Unidos reportó estos grupos en la categoría combinada de “Otros”.

<sup>3</sup> Esta categoría incluye a los entrevistados que se reportaron como diferentes de las categorías raciales especificadas en el Censo de Estados Unidos. Éstas son personas que identifican sus antecedentes étnicos/culturales como “mezclados”, tales como hijos de matrimonios interraciales.

Sobre todo los afroamericanos, los latinos y los asiáticos representan más de la mitad (53.2 por ciento) del área de población neta de Washington, D.C. durante la década de los ochenta. Si se considera el país de origen, el incremento neto de 234 505 inmigrantes constituye la mitad (50.1 por ciento) del incremento total de las minorías raciales o étnicas. Nótese, *más de siete veces de inmigrantes residía en los suburbios (425 562) que en el centro de la ciudad (58 887) en 1990.*<sup>59</sup> Este cambio en el patrón predominante de asentamiento de inmigrantes y minorías estadounidenses refleja la profunda transformación de la vida social y económica

<sup>59</sup> U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population...*, 1992.

estadunidense. Esto es, el cambio actual en la dinámica socioeconómica de la metrópoli postindustrial, del centro de la ciudad a ciudades distantes o “marginales” de los suburbios.

#### LA VIDA COTIDIANA EN LAS CIUDADES MARGINALES: LA LÍNEA DIVISORIA SOCIAL POSTINDUSTRIAL

La estructura evolutiva de oportunidades del Washington metropolitano tiene profundas implicaciones en los patrones contemporáneos de la desigualdad estadounidense en general, y la desigualdad racial o étnica en particular. Con base en la demanda de habilidades correspondientes a los niveles de educación superior o tecnológicos de la estructura ocupacional postindustrial de Estados Unidos,<sup>60</sup> y la desproporcionada concentración y rápido crecimiento de los empleos más codiciados ubicados fuera del centro de la ciudad, es claro que los suburbios metropolitanos ofrecen las más deseables oportunidades de estilo de vida. *Por tanto, para la “mayoría multicultural” de minorías raciales y étnicas en el centro de la ciudad, la clave para superar la profunda “línea divisoria” social de la metrópoli postindustrial es penetrar a los suburbios.* Como ya se ha discutido en otros lugares,<sup>61</sup> los exitosos retos legales contra la política de discriminación racial en la educación, en el empleo y en la asignación de vivienda han fomentado, recientemente, el rápido crecimiento de la clase media afroamericana en los suburbios de Washington; es la población negra más adinerada y con mejor educación formal en Estados Unidos. Entre 1970 y 1980, la proporción de afroamericanos residentes en los suburbios metropolitanos de Columbia aumentó de 24.7 por ciento a 47.4 por ciento, con lo cual casi alcanzó la paridad con los negros del distrito de Columbia (400 926 a 445 154). Para 1990, los suburbios de Maryland y Virginia incluían una cantidad sustancialmente mayor de residentes afroamericanos (631 809) que la totalidad del distrito (395 213), un drástico revés en los patrones históricos de segregación de vivienda.<sup>62</sup>

<sup>60</sup> George Silvestri y John Lukasiewics, “Outlook: 1990-2005, Occupational Employment Projections”, *Monthly Labor Review* (noviembre 1991): 64-94.

<sup>61</sup> Manning, “Washington, D.C....”, 1995.

<sup>62</sup> U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population...*, 1992.

Las oportunidades favorables de empleo para las minorías en la burocracia, tanto federal como municipal, así como en las diversas instalaciones de defensa (Laboratorio de Investigación de la Marina, Base Bolling de la Fuerza Aérea, Agencia de Inteligencia de la Defensa, Base Andrews de la Fuerza Aérea) contribuyeron al asentamiento de un número creciente de afroamericanos (tanto residentes de Columbia como recién llegados) en la cercana Maryland, y en menor grado, en los suburbios de Virginia. El área más popular, el condado Prince George, en Maryland, experimentó una profunda transformación en su composición racial, de 13.9 por ciento de negros y 85 de blancos en 1970 a 50.7 por ciento de negros contra 43.1 por ciento de blancos en 1990; otros grupos raciales o étnicos aumentaron de 1.1 por ciento a 6.2 por ciento.<sup>63</sup>

No es de sorprendernos que la llegada de afroamericanos no fuese calurosamente aceptada por la población suburbana existente, lo que precipitó nuevos patrones de huida de blancos hacia otros suburbios. Esto ilustra una característica distintiva de la experiencia afroamericana en el periodo de derechos de la posguerra civil: resegregación a comunidades suburbanas racialmente homogéneas.<sup>64</sup> En el condado de Prince George, por ejemplo, más de la mitad del espacio determinado por el censo como “frontera” suburbana de este condado consta, bien de 70 por ciento de blancos o 70 por ciento de negros en 1990. Aun así, estas condiciones han contribuido al florecimiento de una clase media suburbana mediante el surgimiento de una fuerza de trabajo negra conmutativa, una influencia de profesionales y hombres de negocios afroamericanos, así como de familias de ingresos duales. En 1989, 37 por ciento de

<sup>63</sup> Manning y Butera, “From Ellis Island...”, 1994.

<sup>64</sup> John Logan y Mark Schneider, “Racial Segregation and Racial Change in American Suburbs, 1970-1980”, *American Journal of Sociology* 89 (1984): 874-888; John M. Stahura, “Suburban Development, Black Suburbanization and the Civil Rights Movement since World War II”, *American Sociological Review* 51 (1986): 131-144; John Logan, “Fiscal and Developmental Crises in Black Suburbs”, en Scott Cummings, ed., *Business Elites and Urban Development* (Albany: State University of New York, 1988), 333-356; Dennis E. Gale, *Washington, D.C.: Inner-City Revitalization and Minority Suburbanization* (Filadelfia: Temple University Press, 1987); Alba y Logan, “Minority Proximity...”, 1993; Massey y Denton, *American Apartheid...*, 1993; *idem*, “Trends in the Residential Segregation of Blacks, Hispanics, and Asians 1970-1980”, *American Sociological Review*, no. 52 (1988): 802-825; Doug S. Massey, Ricardo Alarcón, Jorge Durand y Héctor González, *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico* (Berkeley: University of California Press, 1987).

los hogares afroamericanos, comparados con el 45 por ciento de hogares blancos en Prince George, percibían más de cincuenta mil dólares.<sup>65</sup>

Uno de los factores que contribuyeron al crecimiento numérico y a la prosperidad económica de los grupos minoritarios de los suburbios ha sido su participación en actividades comerciales. Entre 1977 y 1987, durante el *boom* defensa/desarrollo, Washington se convirtió en el tercer centro más prominente de comercio afroamericano, después de Nueva York y Los Ángeles; excede sustancialmente la tasa nacional de negocios cuyos dueños son negros. Durante este periodo de diez años, el crecimiento total de firmas comerciales pertenecientes a negros era de un impresionante 98.7 por ciento. Sin embargo, esta cifra desmiente la desigual distribución espacial del crecimiento del comercio afroamericano: 12.8 por ciento en el distrito de Columbia contra 246.6 por ciento en los suburbios. Como resultado de ello, la proporción de firmas comerciales cuyos dueños son negros, localizadas en los suburbios del distrito de Columbia, aumentó de 36.7 por ciento en 1977 a 64.1 por ciento en 1987, y es todavía mayor hoy en día. De manera similar, entre los coreanos y otros grupos asiáticos, más del 93.2 por ciento de estos negocios así como el 84.3 por ciento de empresas de dueños latinos, se localizaban en los suburbios en 1987 (véase cuadro 2).<sup>66</sup>

Estas estructuras de oportunidades divergentes ilustran sólo parte del panorama de desigualdad social en la metrópoli postindustrial. La pregunta fundamental se refiere a la distribución del ingreso de cada grupo, considerado racial y étnicamente, dentro de sus respectivas áreas urbanas y suburbanas. Por lo general, las familias afroamericanas son susceptibles tres veces más que las blancas de vivir en la pobreza y casi tres veces menos de ganar más de 75 000 dólares; los latinos están un poco mejor, seguidos por los asiáticos. En términos de ingreso medio por hogar, los blancos (45 991 dólares) ganan una cifra por encima de los 21 000 dólares más que los negros (24 576 dólares) en el distrito de Columbia, en tanto que los hispanos (26 295 dólares) y los asiáticos (30 141 dólares) reportan moderadamente mayores ingresos medios por familia debido a sueldos más altos por el desempeño de empleos independien-

<sup>65</sup> U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population...*, 1992.

<sup>66</sup> U.S. Bureau of the Census, *Survey of Minority-Owned Business Enterprises, 1987. Blacks, Hispanics, and Asian Americans* (Washington, D.C.: GPO, 1990).



tes y un mayor número de miembros de la familia económicamente activos. A pesar de que los suburbios evidencian tasas más bajas sustanciales de pobreza y mucho mayores ingresos, el patrón más asombroso es la amplia y consistente disparidad en ingreso por familia en todos los grupos raciales y étnicos; la excepción ha sido el ingreso de los asiáticos que lo han duplicado (más de 70 000 dólares), lo cual incluso excede los ingresos de los blancos de los suburbios. En promedio, la brecha de ingresos por familia de clase media, tanto ciudadanos como suburbanos, es alrededor de 14 000 dólares para los latinos, 21 000 dólares para los estadounidenses nativos y negros, más de 20 000 dólares para los blancos y un notable 40 000 dólares para los asiáticos (véase cuadro 3).

CUADRO 2  
DUEÑOS DE PEQUEÑOS NEGOCIOS POR RAZA/ETNIA  
Y POR SUBURBIO/CIUDAD  
*Área metropolitana de Washington, D.C. (1977, 1982, 1987)*

<i>Raza/Etnia del dueño</i>	1977		1982		1987	
	<i>DC Ciudad</i>	<i>MD/VA Suburbios</i>	<i>DC Ciudad</i>	<i>MD/VA Suburbios</i>	<i>DC Ciudad</i>	<i>MD/VA Suburbios</i>
NÚMERO DE FIRMAS COMERCIALES						
Negros	7 339	4 262	8 966	9 839	8 275	14 771
%	63.3	36.7	47.7	52.3	35.9	64.1
Hispanos	127	482	437	1 920	762	4 106
Total, %	20.9	79.1	18.5	81.5	15.7	84.3
Cubanos	—	—	55	313	98	505
%	—	—	14.9	85.1	16.3	83.7
Asiáticos	360	2 289	960	5 879	779	11 693
Total, %	15.7	84.3	16.3	83.7	6.7	93.3
Coreanos	—	—	381	1 411	245	4 171
%	—	—	21.3	78.7	6.5	94.5

FUENTE: U.S. Bureau of the Census, *Survey of Minority-Owned Business Enterprises, 1977, 1982, 1987-Blacks, Hispanics and Asian Americans* (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1990).

CUADRO 3  
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO FAMILIAR, EN MILES DE DÓLARES,  
EN EL ÁREA METROPOLITANA DE WASHINGTON, D.C. POR  
RAZA/ETNIA Y POR SUBURBIO/CIUDAD, 1989\*  
(%)

	<i>Blancos</i>	<i>Negros</i>	<i>De origen hispano</i>	<i>Asiáticos</i>	<i>Estadunidenses nativos</i>
<i>Distrito de Columbia (ciudad)</i>					
0- 4 999	3.5	11.7	8.1	12.1	13.9
5 005- 9 999	3.6	10.2	8.0	5.0	11.7
10 000-14 999	4.4	8.7	11.2	6.5	7.2
15 000-24 999	12.3	20.1	19.6	18.4	17.9
25 000-34 999	13.4	15.2	19.7	16.9	16.0
35 000-49 999	16.5	15.0	15.4	16.1	15.6
50 000-74 999	18.6	10.9	10.0	12.1	11.4
75 075-99 999	10.4	5.6	4.0	4.8	5.5
100 000+	17.3	2.6	4.0	8.0	0.8
Media	45 991	24 576	26 295	30 141	24 375
N=	88 529	151 238	10 313	34 102	24 649
<i>Washington, D.C.- Virginia-Maryland (suburbios del distrito de Columbia)</i>					
- 4 999	1.6	3.9	3.2	3.8	3.9
5 000- 9 999	2.3	3.6	3.1	2.6	2.6
10 000-14 999	2.7	4.3	4.8	3.9	3.6
15 000-24 999	8.1	13.9	15.6	9.8	11.6
25 000-34 999	11.6	17.2	16.3	13.5	15.2
35 000-49 999	19.4	21.9	22.3	19.7	24.3
50 000-74 999	26.5	22.9	21.1	24.6	22.4
75 000-99 999	14.5	7.9	8.0	12.0	10.3
100 000+	13.3	4.3	5.7	10.1	6.1
Media	65 000	45 000+	40 000+	70 000+	45 000+
N=	917 183	219 619	51 344	52 639	43 549

FUENTE: U.S. Bureau of Census, *1990 Census of Population and Housing*, sumario grabado en la cinta de archivo 3C, estadística inéditas (1992).

\* La Oficina del Censo de Estados Unidos no reporta datos socioeconómicos separados por ciudad central y área suburbana metropolitana; la unidad de clasificación básica es el Estado (Distrito de Columbia) o el Área Estadística Metropolitana (MSA, por sus siglas en inglés) que incluye, tanto datos urbanos como suburbanos (Washington, D.C., Maryland-Virginia). En este caso el ingreso de la ciudad central se obtuvo del reporte individual especificado por Estados Unidos (Distrito de Columbia) y los datos suburbanos que representan los de Washington, D.C., Maryland-Virginia, después de desagregar las cifras del Distrito de Columbia. De ahí que las últimas sean cálculos menos precisos.

Este patrón es consistente con el diferencial de salarios ciudadanos y suburbanos ofrecidos por los empresarios étnicos. Por ejemplo, como se informó en 1987, los negocios en los suburbios cuyos dueños eran negros casi seguramente pagarían a sus trabajadores salarios ligeramente más altos (16 556 dólares anuales) que en el distrito (14 991 dólares anuales). Entre los nuevos inmigrantes asiáticos y latinos, la brecha en el ingreso aumenta considerablemente. Encabezados por las empresas cuyos dueños son cubanos (28 618 dólares *vs.* 14 493 dólares) y coreanos (14 750 dólares *vs.* 8 930 dólares), los ingresos anuales de sus empleados en los suburbios fueron casi el doble, en promedio, de sus contrapartes en el distrito.<sup>67</sup> Indudablemente, entonces, es esta geografía económica incipiente de la metrópoli postindustrial la que subyace en el cambio drástico en los patrones de asentamiento de los inmigrantes recientes, así como otras minorías nativas de antes. Tal como lo explicó un egresado universitario, originario de Trinidad y Tobago, gerente de un Burger King suburbano, cuando se le preguntó por qué tantos inmigrantes y afroamericanos salen del distrito de Columbia: “En los suburbios las personas pueden relajarse, disfrutar del ocio... no hay temor al crimen... es mucho más fácil encontrar trabajo... [también] se encuentran mejores casas y más baratas... [En cambio] para vivir y tener una buena vida en la ciudad, una persona necesita [ganar] un montón de dinero...”

En consecuencia, para la mayoría de los afroamericanos y especialmente los residentes más desprotegidos racial y étnicamente del distrito y otras metrópolis postindustriales, la prosperidad de los años ochenta evidenció estar muy lejos de su propio alcance. La pobreza urbana no sólo aumentó durante la década de nuevos millonarios sino que “se amontonó” en comunidades suburbanas distantes, especialmente en los condados de Prince George, Maryland y el noreste de Virginia (Alexandria y Arlington). En 1989, el ingreso medio de todas las familias del distrito (30 727 dólares) representaba sólo el 61.2 por ciento de los suburbios adyacentes de Maryland y Virginia (50 204 dólares). En conjunto, para toda el área metropolitana de Washington, D.C., el ingreso promedio por familia fue de 45 366 dólares, encabezado por el condado de Montgomery, Maryland, hasta con más de 70 000 dólares, uno de los condados más opulentos de la nación.

<sup>67</sup> *Ibid.*

No es sorprendente que aquellos residentes del distrito de Columbia que no pudieron hacerse a un lado en el derrumbe de la fortuna de la ciudad interna, fueron susceptibles, hasta por tres veces más (16.4 por ciento), de vivir en la pobreza, tanto como los residentes de los suburbios de Maryland y Virginia (4.6 por ciento).<sup>68</sup> Para estos grupos empobrecidos, tanto de minorías de inmigrantes como estadounidenses, las exigencias fiscales de la ciudad exacerbaron sus estrecheces, especialmente después de la recesión de 1989. Aunado al colapso de la industria de la construcción metropolitana, el declive del sector de servicios locales y la contracción del sector público, el aislamiento social y las aspiraciones económicas destruidas de inmigrantes recientes de América Central y sus hijos, explotaron en dos días de motines en el *barrio*\* de Mt. Pleasant del distrito en mayo de 1991, casi un año *antes* del levantamiento de Los Ángeles. La insurrección social, que también incluyó jóvenes blancos y negros, fue detonada por un incidente entre una mujer policía afroamericana y un inmigrante reciente de San Salvador;<sup>69</sup> fue un hecho significativo que los medios masivos de comunicación locales y nacionales tendieran a enfocar el incidente hacia factores culturales e individuales más que hacia características sistémicas de la metrópoli postindustrial que privaban a estos nuevos inmigrantes de tratar de realizar su “sueño americano”. Esto permitió al gobierno del distrito de Columbia responder con una desmesurada actividad policiaca que apaciguó las demandas de los conservadores, quienes reclamaban que se recuperara el dominio de las calles y se impusieran “la ley y el orden”. Como resultado de lo anterior, algunas iniciativas políticas se han puesto en marcha y atienden específicamente los motivos de resentimiento y quejas de la comunidad latina.

## CONCLUSIONES

Hoy en día, las tensiones “racializadas” de la desigualdad postindustrial de Estados Unidos reflejan la amplia brecha entre las incipientes ex-

<sup>68</sup> George Grier, *Poverty in Washington: Its Dimensions and its Human Impact* (Washington, D.C.: Greater Washington Research Center, 1992).

\* N. de la ed. En español en el original.

<sup>69</sup> U.S. Commission on Civil Rights, *Racial and Ethnic Tensions in American Communities: Poverty, Inequality, and Discrimination* (vol. I: *The Mount Pleasant Report*) (Washington, D.C.: GPO, 1993); Manning, “Washington, D.C....”, 1995.

pectativas de la década “a go gó” de los ochenta y la realidad sombría de los noventa, que “no da tregua”. El cada vez más intenso conflicto social ha asumido explícitamente connotaciones raciales y étnicas a través de ataques concertados contra programas como acción afirmativa, “reforma” de la asistencia social, becas universitarias basadas en la raza a que se pertenece, préstamos a las minorías de la pequeña industria, subsidio para vivienda, “reforma” de la justicia penal, prácticas bancarias locales, educación bilingüe y, por supuesto, la Propuesta 187 de California. Más sutil, pero cada vez de mayor importancia, es el creciente abismo político entre los habitantes de los centros de las ciudades y los suburbios. Como quedó de manifiesto en el vitriólico debate acerca de la “crisis” de la ciudad estadounidense, esta polarización espacial se expresa, cada vez en mayor grado, en términos raciales y étnicos. Ciertamente, la predominante “mayoría multicultural” de las ciudades de Estados Unidos refleja un política implícita capaz de contener el creciente poder político de las minorías domésticas, en tanto el país se debate con la realidad demográfica de su ciudadanía culturalmente diversa y en constante aumento. En este proceso, desplaza la responsabilidad de la crisis fiscal urbana a los líderes de las minorías, tales como alcaldes y consejeros ciudadanos, en tanto desvía la atención de las macropolíticas de la reestructuración industrial (corporativa, de inversión pública) y los consecuentes desfasamientos de empleo (“recortes” de fuerza de trabajo), verdaderos responsables de los crecientes problemas sociales de las urbes estadounidenses.

En suma, la concentración de las minorías de Estados Unidos en el corazón urbano (devida en gran parte a la segregación de vivienda, las políticas de vivienda pública, la discriminación en los préstamos hipotecarios) diluyen efectivamente su poder político y, consecuentemente, la capacidad de forjar coaliciones apoyadas en las grandes bases para poder derrotar el decadente nivel de vida de las clases medias y trabajadoras del país. En este contexto de creciente desigualdad social (lo que Kevin Phillips<sup>70</sup> ha llamado “la política del pobre y la del rico”) el discurso conservador ha enfatizado el mérito individual y el ineficaz y negativo desempeño de los programas gubernamentales de Estados Unidos para mejorar las condiciones de vida de los económicamente

<sup>70</sup> Kevin Phillips, *The Politics of Rich and Poor* (Nueva York: Random House, 1990).

desvalidos. Esto es, los conservadores estadounidenses arguyen que el “sistema” capitalista de la nación sirve para asignar eficazmente los escasos recursos a aquellos individuos que contribuyan con el “mejor beneficio” para la sociedad. La mayor falacia de este razonamiento, por supuesto, es que el “mercado” es un conjunto politizado de relaciones que tienden a beneficiar a los grupos ya más beneficiados o influyentes. De ahí la conclusión ideológica imperfecta de la “derecha” conservadora: el éxito del sistema social de Estados Unidos, como se puede constatar por la minoría de la clase media en constante aumento, demuestra que aquellos que no se beneficiaron durante el reciente periodo de prosperidad, son personalmente responsables de su desfavorable situación. Esta valoración, si se incorpora sin ningún discernimiento en la política pública de Estados Unidos, inevitablemente encenderá la llamarada de futuros conflictos raciales y étnicos en las metrópolis post-industriales de la sociedad estadounidense.